

nes, que también desarrollaron en su tiempo y forma otros fotoartistas nacionales. El texto ilustra y confiere matices en cada parte de su análisis y ofrece una clara luz de la formación de los fotógrafos Weston y Modotti en el camino de los magueyes, los juguetes y los ídolos, y se observa también la travesía que permitió encontrarse a la fotógrafa con su maestro, rodeados de importantes personajes de la vida cultural y política del periodo, primeramente en Estados Unidos y después en México, para finalmente separar sus veredas y permanecer íntimamente ligados en su desarrollo no sólo visual y fotográfico.

El rastreo del autor ha sido minucioso, se nota el trabajo de depu-

ración y los escrupulosos planteamientos que le han permitido acercarse al personaje, comprenderlo y decodificarlo aún más allá de aquellos primeros tanteos cinematográficos que realizó Saborit a fines de los setenta, aquellos primeros pies de película que filmó en torno a la figura misteriosa y enigmática de la fotógrafa italiana, y que evidentemente sigue siendo uno de sus temas de interés. Además se observa esa habilidad de acercarse y luego distanciarse, donde el tiempo, la reflexión y el estudio quitan las capas de mitificación y halos impenetrables que permiten que Tina Modotti deje de ser una leyenda, una mujer sin país y se convierta en un personaje de mucha fuerza, de grandes

pasiones, de contrastados vaivenes que acabó muriendo en un taxi de la ciudad de México, por un mal de corazón. Así, Antonio Saborit presenta de forma amena y atractiva muchos años de trabajo y dedicación a la comprensión de su personaje. Reveló en el cuarto oscuro los negativos pendientes de esos pies de película que tiene en su haber sobre Tina Modotti y presenta con renovada luz nuevas impresiones de sus imágenes fijas y en movimiento, con otros contrastes, luces y sombras que hacen más translúcido al personaje, y convierte al material en un diferente acercamiento intelectual, gráfico, visual y emocional por el contenido innovador de ese escrito de sensible material.

## Los dogmas y las trampas

Sam Tanenhaus

Harvey Klehr, John Earl Haynes y Kyrill M. Anderson, *The Soviet World of American Communism*, Yale University Press, 378 pp.

*The Soviet World of American Communism* es el primer estudio relevante sobre las relaciones entre los comunistas de Estados Unidos y la URSS desde que en 1960 se publicó la obra de Theodore Draper, *American Communism and Soviet Russia*.<sup>1</sup> Es asimismo, en efecto, su secuela. La historia de Draper abarcaba la época que concluyó con la expulsión del disidente comunista Jay Lovestone y sus seguidores del partido estadounidense en 1929. Draper logró respaldarse en un millar de páginas que consignaron las minutas de los congresos que llevó a cabo la

dirigencia del partido estadounidense.<sup>2</sup> En su nuevo libro, Harvey Klehr y John Earl Haynes trabajaron junto con un académico ruso, Kyrill M. Anderson, para peinar archivos aún más abundantes, situados en Moscú, en la Internacional Comunista (o Comintern), la oficina administrativa creada por Lenin para dirigir las actividades de los partidos comunistas nacionales fuera de la Unión Soviética.

Los autores reproducen noventa y cinco documentos y emplean muchos más en el relato que los acompaña, mismos que ofrecen una historia de la ideología y del desarrollo político del Partido Comunista de Estados Unidos de América, bajo la estricta conducción del partido socio en Moscú, de 1919 —año de la fundación del partido en Estados

Unidos— hasta 1943 —año de la disolución formal de la Comintern—. Klehr y sus colegas incluyeron también documentos selectos provenientes de otras épocas. El material que encontraron, dicen en el libro, fortalece la idea de que “el Partido Comunista de Estados Unidos fue una criatura de la Comintern y, a través de ella, de la Unión Soviética”.

Se trata de una conclusión sabia, que repite la del libro de Draper de 1960. Sólo que *The Soviet World of American Communism* añade a la constante acumulación de evidencias sobre el poder de la Comintern que han visto los años noventa, gracias a la apertura de los archivos en la antigua Unión Soviética, el repositorio central de documentos comunistas en todo el mundo. Klehr y

compañía reprodujeron una lista de las cantidades que la Comintern pagó en 1919-1920, incluyendo el millón de rublos en joyas y otros objetos de valor que se confiaron al periodista John Reed para que ayudara a financiar una versión estadounidense de la revolución que tan vívidamente describió en *Diez días que conmovieron al mundo*.<sup>3</sup> En el nuevo libro, los editores incluyeron una carta, fechada en 1987, escrita por el secretario general del partido, Gus Hall, y dirigida a Anatoli Dobrynin, entonces un alto funcionario en el secretariado del Partido Comunista de la Unión Soviética,<sup>4</sup> defendiendo que se duplicara el estipendio anual del partido estadounidense a cuatro millones de dólares. Hall cita los costos de la manutención de las avanzadas revolucionarias en la ciudad de Nueva York, “corazón claudicante del imperialismo”. Los impuestos no dejan de subir y “cada año se eleva la conservación del edificio de nuestros cuarteles”. En 1988 Moscú accedió parcialmente, otorgándole “tres millones de dólares”. Ésta fue la última aportación que recibió el partido. Al año siguiente, cuando Hall denunció las reformas de Gorbachev, cesaron los envíos.

Se entiende, sin que sorprenda, que Hall convirtiera al glasnost y la perestroika en la ocasión propicia para romper el molde deferencial que prevaleció a lo largo de los setenta años previos. No sorprende que Hall se aferrara a la visión soviética con más ferocidad que el dirigente soviético que presidió su desaparición. Los comunistas de Estados Unidos siempre dependieron de la Unión Soviética, fuente no sólo de recursos sino también de la línea ideológica, y, sobre todo, de la “inspiración y de la voluntad de lucha”, para emplear una frase que usó la delegación estadounidense que asistió a la reunión plenaria ejecutiva de la Co-

mintern en diciembre de 1926. Como dijera esa delegación en una declaración conjunta:

En Estados Unidos —ante la carencia de otros factores revolucionarios—, en donde el capitalismo aún se encuentra en la etapa superior, el país del imperialismo más poderoso y de la aristocracia obrera más reaccionaria en el que son contados los actos de masas independientes, en donde la clase obrera no cuenta aún con un partido político de masas, la existencia de la Unión Soviética y la exitosa construcción del socialismo en su interior, juegan un papel de relativa mayor importancia como estímulo revolucionario para la clase trabajadora que en otros países en los que el capitalismo va de salida o que cuentan con una tradición revolucionaria.

La declaración es de un refrescante candor entre el engaño deliberado que prevalece en la mayor parte de los materiales en este libro. Cuando se leen los telegramas, cartas y memorándums aquí reunidos, escritos en un aburrido esperanto revolucionario, impacta constantemente la paradójica naturaleza del comunismo de Estados Unidos. El objetivo final del partido —suscitar una versión local de la revolución bolchevique— estaba irremediablemente fuera del alcance, y aun así los comunistas estadounidenses con frecuencia condujeron sus asuntos cotidianos como si estuvieran por realizar el último asalto. La lectura de los documentos reunidos por Klehr y sus colegas suscita la pregunta: ¿qué tan en serio se la tomaban aquellos comunistas? Véase, por dar un ejemplo, la contundente explicación que diera la Comintern al partido estadounidense en cuanto a que la Segunda Guerra Mundial de-

jaba de ser la “más virulenta manifestación de la disipación y reacción imperialistas”, como lo mantuvieron una y otra vez los comunistas desde 1939, para convertirse repentinamente, tras el ataque sorpresa de Hitler a Rusia en 1941, en “una guerra justa de defensa” del “pueblo soviético”. Y ahí está Gus Hall asegurándole a Moscú en el periodo presidencial de Reagan que “el trabajo de nuestro partido ha tenido y continúa teniendo un creciente impacto en la política” de Estados Unidos. Ni antes ni a partir de entonces hubo tantos políticos —altos funcionarios e ideólogos del partido, en Estados Unidos y en la URSS— que demostraran tan precaria idea colectiva sobre la obvia realidad política.

La futilidad de la empresa comunista, cuando menos en su versión estadounidense, se muestra episodio tras episodio en la historia del partido. Klehr y sus coautores revisitan las conocidas disputas sectarias de los primeros días del partido y el desastre de la elección presidencial de 1924, en la que el partido se negó, para desgracia del movimiento de izquierda, a unirse a los socialistas y a otros que apoyaban la candidatura de Robert M. La Follette en nombre de un tercer partido. Vemos también cómo los virulentos ataques a los planes “fascistas” del New Deal se transformaron de pronto, por una señal de Moscú, en amables censuras a Franklin D. Roosevelt por no ser tan “consistentemente progresista y genuinamente democrata” como lo desearía el partido.

Los nuevos documentos de mayor importancia en esta publicación muestran un flanco completamente distinto de la experiencia comunista en Estados Unidos. Se trata de informes secretos relacionados con los estadounidenses que se vieron entre los millones de inocentes que se tragó la época del Gran Terror.

De tiempo atrás se tenía información de que miles de estadounidenses viajaron a Rusia en los años veinte y treinta con la esperanza de participar en el “experimento” soviético o de observarlo directamente. Klehr y compañía sostienen que el total de estos peregrinos superó los diez mil, casi todos “inmigrantes en Estados Unidos que provenían del Imperio Ruso, [quienes iban] de regreso a la Unión Soviética junto con los hijos que tuvieron en América”. Pero algunos eran de otros países, y algunos eran estadounidenses cuyas ilusiones sobre la Rusia de Stalin provenían de numerosas fuentes, incluidos los reportes que enviaban visitantes distinguidos como Beatrice y Sidney Webb y Theodore Dreiser.

Sin embargo, los comunistas estadounidenses de corazón que fueron a Rusia a mediados de la década de los treinta se encontraron en medio de una situación alucinante en la que se encarceló y liquidó a millones de personas. Y no era fácil salir de ahí. Los estadounidenses que quisieron volver a su país se vieron en una encrucijada. Muchos habían viajado con nombre supuesto y con documentos falsos, violando así la ley estadounidense sobre pasaportes. De recurrir a la embajada de Estados Unidos, serían sometidos a una investigación que podía concluir con cargos criminales en casa. El camino más seguro, al parecer, era recurrir a la Comintern para obtener un permiso para regresar. Los que tuvieron suerte se repatriaron solos. A otros los detuvieron, y a otros más se les etiquetó como “desviacionistas” y “contrarrevolucionarios” y se les exilió al Gulag.

Alan Cullison, un periodista en la oficina de Moscú de la Prensa Asociada que es quien ha trabajado este tema más a fondo que nadie, informó el otoño anterior que entre las bajas iban “artistas, obreros,

profesores e ingenieros. Los arrestaron tras involucrarse en actividades tan subversivas como usar ropa hecha en Estados Unidos, pedir ayuda a la embajada de Estados Unidos o hablar sobre la vida en casa”.<sup>5</sup> Cullison reunió “información concreta” sobre unos cincuenta estadounidenses “que se extraviaron y que muy probablemente fueron liquidados o murieron en prisión”. El número de personas arrestadas, escribe, “con seguridad asciende a las centenas más altas”.<sup>6</sup> Cullison ubicó en los archivos de la inteligencia soviética dossiers sobre quince estadounidenses y entregó a Klehr y compañía la documentación sobre dos de ellos, Thomas Sgovio y Lovett Fort-Whiteman. Las historias de ambos resultan ilustrativas.

El padre de Sgovio, Joseph, nacido en Italia y miembro fundador del Partido Comunista de los Estados Unidos de América, sufrió arresto durante las Redadas Palmer contra los radicales en Estados Unidos, ocurridas en 1919, y volvió a caer preso en 1931 por “interrumpir una reunión del ayuntamiento de la ciudad” en la parte alta de Nueva York. Al año de estar en la cárcel se le deportó, pero en lugar de arriesgarse a volver a una Italia fascista eligió ir a la Unión Soviética, en donde lo alcanzaron su esposa y dos hijos en 1935. Thomas, entonces en sus 19 años, era un activista en la Liga de las Juventudes Comunistas con un largo historial de arrestos en la policía de Nueva York. En Moscú, toda la familia adquirió la ciudadanía soviética. Padre e hijo florecieron por una época como expertos sobre la situación de Estados Unidos, ofreciendo conferencias sobre “los horrores de la depresión económica en Estados Unidos”. Pero en agosto de 1937, Joseph Sgovio fue arrestado por la NKVD (precursora de la KGB) tras confesar ante sus inquisidores, presumiblemente bajo

presión, que “él y otros inmigrantes políticos italianos participaron en una agitación hostil”. Se le sentenció a cinco años en el Gulag. Su familia supo lo mínimo.

Thomas se alarmó lo suficiente y recurrió a la embajada de Estados Unidos en busca de ayuda para regresar a América. Debido a su historial político, el embajador no quiso intervenir. En marzo de 1938, después de una de las numerosas visitas a la embajada, Thomas Sgovio, entonces de 22 años, fue arrestado por la policía soviética, la que lo etiquetó como “elemento social peligroso” y luego lo encerró a él y a otros doce estadounidenses en un vagón de carga que los llevó a trabajar en las minas de oro al noreste de Siberia. “Diez murieron al año de trabajar en las minas del Ártico”, escribe Cullison. Thomas Sgovio sobrevivió, pero su sentencia se amplió tres años más.

En 1946, después de nueve años en campos de trabajo durante los cuales contrajo malaria, pirosis y disentería, Joseph Sgovio obtuvo su libertad, aunque se le confinó a un “exilio interno” en Uzbekistán. La embajada italiana le dio un pasaporte pero murió antes de que pudiera salir. También su hijo fue liberado en 1946, aunque dos años después volvió a sufrir arresto al visitar a su hermana en Moscú; sobre ella pendían sospechas por fraternizar con extranjeros británicos y estadounidenses, una acusación socorrida en estos primeros años de la guerra fría.<sup>7</sup> Esta vez su sentencia fue “exilio interno perpetuo”, en Siberia nuevamente. Thomas Sgovio fue puesto en libertad en 1954, al año siguiente de la muerte de Stalin.

En 1960, durante la etapa del deshielo en las relaciones Estados Unidos-URSS, la cual incluyó la visita de Jrushchev a Estados Unidos, Sgovio al fin obtuvo permiso para salir de la Unión Soviética y en 1963

se fue a Estados Unidos, estableciéndose eventualmente en Arizona. Cuando en el verano de 1997 se le mostró su expediente en la KGB, le sorprendió encontrar que entre sus delatores estaban una novia que tuvo en Moscú —también una comunista nacida en Estados Unidos— quien informó a la policía que Sgovio alguna vez “juró en términos difamantes que el poder soviético no se basaba en el amor al pueblo, sino en el terror proveniente del miedo a ser arrestado”. No sabemos si Sgovio dijo realmente tal cosa. Lo que resulta claro es que la NKVD no quería que se fuera a casa a difundir “mentiras” sobre lo que ocurría en la Unión Soviética.

Aún más desconcertante es el caso de Lovett Fort-Whiteman. Uno de los afroamericanos más respetados en el PCEUA, Fort-Whiteman era un egresado de Tuskegee que estuvo en Moscú en 1924 para recibir adiestramiento en una escuela de la Comintern. Más adelante fue uno de los principales organizadores del Congreso Laboral de los Negros de Estados Unidos, organización fundamentalmente negra. En 1930 aceptó con gusto que se le resignara a Moscú, lo cual comentó con un conocido era como “regresar a casa”. Esta impresión desapareció. Tres años después, Fort-Whiteman solicitó permiso al PCEUA para regresar a Estados Unidos, pero no se le concedió. En 1936 desapareció y no se volvió a saber nada de él. Se le omite por completo en varios estudios recientes sobre los afroamericanos y la experiencia comunista.

En Moscú, Klehr y sus colegas localizaron un documento del PCEUA, sin fecha, a todas luces de mediados de los años treinta, en el que se acusaba a Fort-Whiteman de trotskista, el más letal de los cargos. En julio de 1937, en “sesión especial” de la NKVD, Fort-Whiteman recibió sentencia de cinco años en Kazajastán

—en donde Cullison localizó su expediente sesenta años después—. En 1938, al igual que Thomas Sgovio, fue enviado a un campo de trabajo en el noreste de Siberia, en donde murió en 1939 a la edad de cuarenta y cuatro años. Robusto y atlético en la época de su arresto, Fort-Whiteman se deterioró rápidamente en el Gulag. Al morir era un enclenque y había perdido toda su dentadura, según el testimonio de otro prisionero liberado mucho tiempo después.

¿Sabía el PCEUA que los comunistas estadounidenses estaban sufriendo este tipo de arrestos y que se les enviaba a campos de trabajo? La evidencia es contundente. Los autores citan un documento, fechado en 1935, en el que en una reunión de altos funcionarios comunistas en Moscú—en donde estaban el secretario general Earl Browder, Sam Darcy, organizador del PC, y Gerhart Eisler, quien acababa de concluir un viaje como jefe de la representación estadounidense ante la Comintern— discutieron los pecados ideológicos de Fort-Whiteman. Entre ellos estaban sus “reiterados esfuerzos... por confundir a algunos de los camaradas negros” sobre la verdadera naturaleza de la Rusia de Stalin. Lo anterior no quiere decir que los funcionarios del PCEUA tuvieran noticia de lo que le esperaba a Fort-Whiteman o a otros camaradas. Pero al menos en principio, Browder asumió una postura estricta hacia comunistas con semejantes puntos de vista, llamando a los camaradas de Estados Unidos a que fueran “firmes al enfrentar las desviaciones de la gente... que representan ciertas desviaciones fijas y necias con relación a nuestra teoría revolucionaria y que tratan de implantarlas en el centro de nuestro movimiento”.

Más allá de lo anterior, los dirigentes del PCEUA supieron de las

purgas y de los juicios supuestos que dieron inicio a mediados de los años treinta, así como de los severos castigos para los acusados. Como dicen Klehr y Haynes: “Para 1938, cualquier persona que en la Unión Soviética fuera identificada como trotskista por un funcionario importante de la Comintern era hombre muerto o estaba condenado al Gulag.” Quienes intentaron protestar por estos métodos fueron severamente atacados. The Soviet World of American Communism incluye documentos sobre el llamativo episodio de los finlandeses estadounidenses, entre los cuales se reclutó a varios miles para trabajar como leñadores en los bosques de Karelia, en la URSS, a principios de los años treinta, y que poco después descubriéronse acusados de “nacionalismo burgués”, crimen por el cual muchos fueron sentenciados al Gulag. Otros lograron regresar, aunque recibieron trato de renegados. Klehr y compañía reproducen un mensaje de la Comintern en el que se dan instrucciones al PCEUA para que “agudicen nuestra lucha en contra de los elementos trotskistas y fascistas que han vuelto a Canadá y a Estados Unidos provenientes de Karelia y que ahora llevan una campaña de emancipación difamatoria sin principios” en contra de la URSS.

A la vez que se difamaba a estos sobrevivientes, los casos de tres estadounidenses a los que se aniquiló durante las purgas se empezaron a dar a conocer en su país. Juliet Stuart Poyntz era una destacada comunista que visitó Rusia en 1936 y a quien ahí desilusionaron los acontecimientos. Al regresar a Nueva York dio a entender que podría salirse del partido, y luego, en el verano de 1937, desapareció misteriosamente de su departamento en Manhattan. El caso sigue sin resolverse y los autores no dicen nada nuevo al respecto; pero parece pro-

bable que Poyntz fuera eliminada por los operativos de la NKVD —la conclusión a la que arribaron en aquel momento quienes estaban enterados.<sup>8</sup>

El otro bien conocido misterio involucró a un matrimonio joven, Arnold “Rubens” (el nombre era un alias) y su esposa Ruth, quienes navegaron juntos de Nueva York a Moscú y de cuyo cuarto de hotel desaparecieron en diciembre de 1937. Arnold Rubens murió en un campo de trabajo. Su esposa, quien dieciocho meses después salió de una prisión moscovita, por miedo a que se le procesara al regresar a Estados Unidos por portación de pasaporte falso rechazó la oferta que le hizo la embajada de un transporte seguro a casa. Ella permaneció en Rusia y, escribe Cullison, “fue enviada al exilio al sur a una ciudad soviética de acceso restringido. En 1958 pedía que le permitieran regresar a Estados Unidos, y ahí se pierde su rastro documental”. Estos dos incidentes fueron ampliamente comentados en la prensa e investigados por funcionarios estadounidenses. El caso Rubens creó una crisis diplomática menor, pues tanto él como su esposa eran el primer caso conocido de estadounidenses detenidos en la URSS en violación del tratado de reconocimiento mutuo firmado por FDR y Stalin en 1933. El secretario de Estado Cordell Hull interpuso una queja sobre la desaparición de la pareja con el ministro soviético del Exterior, Maxim Litvinov, y el embajador estadounidense en Moscú, Joseph Davis, siguió el asunto. Klehr y sus colegas no encontraron mención alguna sobre los Rubens en ninguno de los documentos que examinaron. La historia la cuentan los archivos de inteligencia soviética.<sup>9</sup>

Tan desconsoladora historia ocurrió en el breve periodo del Frente Popular, entre 1935 y 1939, cuando

la Unión Soviética se alió por iniciativa propia, transitoriamente, a las democracias occidentales, y promovió la causa antifascista. En estos años muchos liberales empezaban a pensar que la Unión Soviética, pese a sus faltas, evolucionaba con todo y ellas hacia cierta versión de un estado socialista humano. Sin embargo, para muchos otros el Gran Terror echó a andar un proceso de desencantamiento con la Unión Soviética que se intensificó con el pacto de no agresión firmado conjuntamente por Stalin y Hitler en 1939 y con la subsecuente campaña del PCEUA por retratar a todos los combatientes como iguales en su corrupto imperialismo. En la propaganda soviética los nazis salieron un poco mejor que sus oponentes porque se decía que “la burguesía” en Inglaterra y Francia “asumió una actitud hacia la Unión Soviética... mucho más hostil que la de los estados fascistas”. Obediente como siempre, el PCEUA siguió las instrucciones con sinceridad “para solidificar el movimiento del frente popular antibélico y antimperialista”, para citar un mensaje enviado desde Moscú el 19 de junio de 1941. Tres días después, Hitler sorprendió a Stalin al invadir la Unión Soviética, y la política se invirtió de la noche a la mañana. La guerra se convirtió entonces en algo justo, los aliados en virtuosos y Hitler en el más siniestro de los villanos.

Repentinamente transformado en el partido del patriotismo, el PCEUA ejecutó con gran celo sus órdenes. Los organizadores obreros comunistas, quienes se habían hecho del control de un número considerable de sindicatos de la CIO, ahora mostraron tal firmeza en su respaldo a la política bélica que los editores de la revista *Business Week* elogiaron su oposición férrea a las huelgas y sus posturas propatrones.<sup>10</sup> Cuando los dirigentes del

Partido Socialista de los Trabajadores, de filiación trotskista, fueron indiciados en aras del Acta Smith luego de organizar huelgas en Minneapolis, Earl Browder colaboró con los fiscales entregándoles escritos infamatorios provenientes de la prensa trotskista.<sup>11</sup> Más adelante, once dirigentes del PCEUA fueron indiciados bajo la misma acta en el clima imperdonable de la guerra fría.

La historia del PCEUA en los años treinta y cuarenta se resume en el ascenso y la caída de Earl Browder, el blando tenedor de libros originario de Wichita, Kansas, que se convirtió en el dirigente del PCEUA gracias a la fuerza de su lealtad a Stalin, y quien fuera saludado como “el mayor de los marxistas de habla inglesa en el mundo” nada menos que por una autoridad como Georgui Dimitrov, arquitecto del Frente Popular.<sup>12</sup> Pero Browder también cayó de la gracia tras persuadirse, en el otoño de la Segunda Guerra Mundial, de que la Gran Alianza que derrotara a Hitler debía mantenerse en la posguerra. No era un supuesto irracional. De hecho, lo compartieron, brevemente, el mismo FDR y los expertos en política exterior, como quien alguna vez fuera subsecretario de Estado con FDR, Summer Welles. En 1943 hubo esperanzas, cuando Stalin disolvió la Comintern como un acto de buena fe hacia los aliados.

De hecho, los nexos entre Moscú y el PCEUA permanecieron intactos. En la convención del partido en 1944, Browder sorprendió a sus camaradas al disolver perentoriamente el PCEUA y anunciar lo que a partir de ese momento se conocería como la Asociación Política Comunista y que buscaría influir, más que destruir, los dos partidos tradicionales. Su principal rival, William Z. Foster, se quejó rabiosamente ante Moscú, quien tomó cartas en el

asunto. El repudio formal de Browder no vino directamente de la URSS sino más bien de las páginas de *Cahiers du communisme*, la publicación del Partido Comunista francés, en una crítica aplastante al “browderismo” que seguía la línea de Jacques Duclos, el segundo comunista francés en importancia. El ataque de Duclos, leído por los comunistas estadounidenses como una señal proveniente de Moscú, produjo el descenso inmediato de Browder dentro del partido y luego su expulsión.

Algunos historiadores han cuestionado el que los soviéticos fueran realmente responsables de la denuncia hecha por Duclos. Los tres autores localizaron documentos que despejan la controversia: las galeas de una versión en ruso del artículo del *Cahiers*, publicado en enero de 1945, con correcciones a mano incorporadas al texto por funcionarios en Moscú a tiempo para su republicación en Francia tres meses después. Browder fue una baja más de un movimiento político que parecía destinado a devorarse a sí mismo.

Pocos seguirían negando que Stalin supervisó un régimen criminal sin paralelo salvo por lo que fue el régimen nazi, el cual llegó a ser brevemente socio de los soviéticos. Pero no hay evidencia de que los dirigentes del PCEUA, por cómplices que hayan sido en la identificación de los disidentes y en el encubrimiento de los crímenes de la URSS, autorizaran actos de violencia física en contra de los herejes o de los desertores. Muy probablemente, matones soviéticos se encargaron de eliminar a Juliet Poyntz. Víctimas como Fort-Whiteman y Sgovio viajaron a Moscú a encontrar su triste destino. En casa, el partido distorsionó la verdad histórica y difamó a los enemigos históricos —los mundanos excesos de la política, digamos, pero sin ningun-

na de las compensaciones de costumbre.

Al dejar constancia de esta historia, los autores desafían explícitamente a un número creciente de historiadores que durante las dos últimas décadas han argumentado en favor de una reinterpretación de la experiencia comunista en Estados Unidos; dichos académicos pretenden situar al movimiento en el interior de la historia más amplia del radicalismo estadounidense, el cual se remontaría hasta el estallido populista en los comienzos del siglo XX y llegaría hasta la insurgencia de la década de los sesenta y la Nueva Izquierda. Klehr y Haynes se muestran escépticos ante esta idea cuando señalan que ella se basa en la premisa de que los comunistas compartían con el resto de la izquierda una apariencia radical fundamental —premisas que muy pocos miembros del partido aceptarían completamente—. Además de los cuatro años del periodo de reconciliación del Frente Popular, el PCEUA despreció virtualmente a todos los demás grupos de izquierda y los atacó con una ferocidad que fue correspondida cien por ciento. La traición de los socialistas en Minneapolis fue sólo un ejemplo. Durante años, los socialistas recordarían con amargura que al principio de la década de los treinta los comunistas los etiquetaron como “socialistas fascistas”, y señalarían incidentes como la orquestada irrupción del Partido Comunista en una manifestación socialista en Madison Square Garden en 1934 para protestar por la criminal represión del régimen de Dollfuss en Austria.

Por supuesto que no todos los comunistas agredían a sus adversarios y sólo unos cuantos recibieron órdenes directas de Moscú. Entre sus bases había mucha gente involucrada en un trabajo semejante al de los otros activistas políticos: asis-

tían a los mítines, distribuían propaganda, participaban en marchas, organizaban obreros. Este aspecto del movimiento, benigno por lo general, es el que los “nuevos historiadores” (el término es de ellos) enfatizan en sus descripciones de los “cuadros” medios, cuyas actividades rutinarias quisieran distinguir de las batallas y decisiones sectarias de la línea del partido, fundamentales para los escritos de Draper y Klehr. Al hacer tal cosa, los nuevos historiadores tal vez buscan, antes que repudiar esos análisis más tradicionales, desplazar el énfasis en el sistema de gobierno del Partido Comunista a su historia social. Pero una verdadera historia social debe dar cuenta de historias como las de Thomas Sgovio y Lovett Fort-Whiteman y está obligado a evaluar la cultura autoritaria partidista del comunismo estadounidense y el dominio claustral, casi de culto, al que se sometieron sus miembros. Parecer que el comunismo estadounidense se entiende mejor no como un movimiento político sino como un movimiento seudoreligioso, cuyos miembros habitaban un mundo en el que estrategias y tácticas eran vistas como asuntos de fe, donde la discusión se aceptaba únicamente en pequeñas dosis y la menor brizna de escepticismo público se considerada una herejía castigable.

Eso no quiere decir que el movimiento se salga de la historia de nuestra cultura política. Por el contrario, el rigor mismo del comunismo es el que atrajo a tantos hacia el partido, o a sus alrededores, durante los años treinta y cuarenta. La entrega absoluta que exigía respondió al anhelo, durante esos oscuros años, de un idealismo político que llevaba consigo el secreto, el sacrificio, el riesgo y la lucha. Fueron los años en los que Auden invocó líricamente el “asesinato necesario” que pudiera requerir la guerra civil

española<sup>13</sup> y en los cuales Brecht, con su siniestro romanticismo, pudo escribir: "Tomo mis alimentos entre batallas / Para dormir me recuesto entre cadáveres." No obstante todas sus anomalías, el comunismo estadounidense tuvo una fuerte presencia en una época cuyo legado seguimos tratando de entender.

Tomado de *The New York Review of Books*. Traducción de Antonio Saborit.

## Notas

<sup>1</sup> Theodore Draper, *American Communism and Soviet Russia: The Formative Years*, Viking, 1960. Este libro avanza la historia del comunismo estadounidense iniciada por Draper en su libro *The Roots of American Communism*, Viking, 1957.

<sup>2</sup> Theodore Draper, *American Communism and Soviet Russia*, op. cit., p. 6.

<sup>3</sup> Harvey Klehr, John Earl Haynes y Fridrikh Igorevich Firsov, *The Secret World of American Communism*, Yale University Press, 1995, p. 23.

<sup>4</sup> Y antes embajador soviético en Estados Unidos.

<sup>5</sup> Alan Cullison, "Stalin-Era Secret Police Documents Detail Arrest, Execution of Americans", *Los Angeles Times*, 9 de noviembre de 1997, p. A1.

<sup>6</sup> Carta de Alan Cullison a S. Tanenhaus, 10 de marzo de 1998.

<sup>7</sup> Véase mi *Whitaker Chambers*, Random House, 1997, p. 90.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 131-133.

<sup>9</sup> Amold "Rubens" era en realidad Arnold Ikal, un agente soviético colocado en Estados Unidos en 1932 para supervisar la falsificación de pasaportes estadounidenses para comunistas en viaje. El partido siguió de cerca el caso de los "Rubens". Alger Hiss, en esa época un funcionario del Departamento de Estado que en secreto trabajaba para la

Inteligencia Militar Soviética, le dio a su contacto en el Partido Comunista, *Whitaker Chambers*, información destinada a Moscú sobre la manera en que el Departamento de Estado estaba manejando el caso Rubens. Véase *Whitaker Chambers*, pp. 126-131, 294.

<sup>10</sup> Irving Howe y Lewis Coser, *The American Communist Party: A Critical History*, Praeger, 1962, pp. 408-409.

<sup>11</sup> Philip J. Jaffe, *The Rise and Fall of American Communism*, Horizon, 1975, pp. 50-52.

<sup>12</sup> James G. Ryan, Earl Browder, *The Failure of American Communism*, University of Alabama Press, 1997, p. 94.

<sup>13</sup> W.H. Auden, "Spain 1937". El poema fue escrito en ese año. El verso dice: "La aceptación consciente de la culpa en el asesinato necesario". Más adelante, Auden lo corrigió para decir "La aceptación consciente de la culpa en el hecho del asesinato". La versión original aparece en sus *Selected Poems*, selección y edición de Edward Mendelson, Vintage, 1979.

HASTA QUE SE VA A HACER LA CHICA.



Alejandro Casarín, *El Padre Cobos*, 28 de junio de 1871.